Tomo XI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 1

San José, Costa Rica 1925 Lunes 7 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La estimación extranjera

=Al abrirse el tomo XI del Repertorio Americano, tal vez convenga reproducir dos juicios benévolos acerca de su Editor y de lo que ha podido realizar en este pequeño país. Son los juicios satisfactorios y apreciables, por la calidad y probidad literaria de los dos escritores americanos que los han externado. Son ellos: Rafael Alberto Arrieta, de la República Argentina, y Jorge Mañach, de Cuba, ambos pertenecientes a la selecta minoría de sus patrias respectivas. Los reproducimos, no por ejercicio de vanidad—de la que no padecemos—sino como estímulo para los más jóvenes de nuestros compatriotas, para aquéllos que en pos de nosotros, más tarde, quieran consagrar su vida a un ideal que exija desinterés y constancia, que a la postre es oriente y es fe=.

Pocos serán los escritores actuales de lengua castellana que él no conozca. Lector asiduo de libros, diarios, revistas, memorias, boletines y papeles impresos de toda índole que se relacionen con las letras de nuestro idioma, descubre en ellos la firma nueva, aquilata valores, y no tarda en ponerse en comunicación directa con el autor para alentarlo y difundirlo. No hay obrero más tenaz ni diligente de nuestra cultura. Tiene el oído atento a todas las voces, el corazón abierto a todas las simpatías, la mano tendida amistosamente, la inagotable energía al servicio de toda causa noble. Semilla que le lleva el viento fructificará en su huerto. Sembrador generoso, nada retiene para su provecho: todo lo distribuye con inteligencia y buen sentido, desde San José de Costa Rica, ciudad que por su obra es hogar de altas ideas y fraternales sentimientos.

Fundó hace años la colección *Ariel*, compuesta de pequeños folletos en que recogía ensayos, artículos, versos, de la prensa española e hispanoamericana, con excelente gusto y amorosa finalidad. Luego *El Convivio*, libritos muy bien presentados, de elegante sencillez, útiles epítomes consagrados a un autor, donde aparecieron, entre muchos otros, cuadernos tan buscados como éstos: las poesías originales de fray Fuis de León (edición dirigida por Federico de Onís), la antología de la versificación rítmica (compilada por Pedro Henríquez Ureña), el discurso de Bolívar en el congreso de Angostura, *La Edad de Oro*, (reproducción íntegra del periódico que dedicó José Martí a los niños), *Con el eslabón*, aforismos de Enrique José Varona, etcétera. El ejemplo de aquellas empresas cundió en diversos países americanos, y a él se deben publicaciones como *Cultura*, *Lecturas selectas*, de México, y *Ediciones mínimas* y *Ediciones selectas América*, de Buenos Aires.

Pero *Ariel*, *El Convivio*, y otra colección análoga, *Sarmiento*, cumplieron su ciclo, y García Monge necesitaba un nuevo instrumento. Creó entonces el Repertorio Americano, nombre que tomó de la revista que publicara don Andrés Bello en Londres. Este «semanario de cultura hispánica», dedicado a propagar ideas de justicia social y trabajos que representen lo mejor del pensamiento español e hispanoamericano, reproduce lo que envían amigos de todas partes y cuenta, asimismo, con valiosa colaboración. Tiene una extensa circulación entre los hombres de letras, que lo reciben gratuitamente. Como única retribución, el director pide en dos líneas manuscritas en el margen o en una tira de papel que le envíen recortes de la prensa del país para trascribirlos.

El escritor

La difusión de la obra ajena, el empeño de vincular a los espíritus y su apostolado iberoamericanista, han absorbido al escritor. Pero Joaquín García Monge es autor de algunos libros de mucho carácter. Hombre de acción, su arte es conciso, descarnado, sin meandros retóricos ni voluptuosidades estéticas. Ha escrito sobre el pueblo y para el pueblo de su pequeño país narraciones breves, cuadritos, apuntes, retratos de gran vigor, directamente observados, llenos de piedad humana, una piedad viril, casi diríamos adusta, hilo cristalino entre piedras. Sus libros *El Moto* y *La mala sombra*, contienen páginas soleadas por donde circulan tipos populares de la clase humilde costarricense, sorprendidos por una pluma pintoresca y limpia. Léase aquí un ejemplo característico de esa prosa:

Los tres viejos

Esta es una viejecita tullida y ciega. En poder del yerno—enfermo y pobre—y de una nieta. La hija murió hace algunos años, pero ella no lo sabe todavía.

Ahí se pasa en el aposento, hecha un montoncito.

Cada vez que siente a la casera, le pregunta con voz muy delgada:

—¿Ya nos viene a echar de la casa?

Dicen los vecinos que la tiene Dios como un ejemplo.

—

Este es un viejecito de semblante muy noble, de barba entrecana; bastante jorobadito; con el vestido muy roto.

Viene de Tres Ríos, ya está muy cerca de San José. Salió a las cinco de la mañana y ya son las nueve y media.

Pica el sol.

Ahora se ha detenido a descansar un poquito. Arrima las esteras a un paredón y con el forro de una de las mangas de la chaqueta se enjuga el sudor copioso de la frente.

—¿Muy rendido?

—Algo. Ya ni veo claro.

Voz dulce.

Pausa.

—¿Un confite? (De los que llevaba mi hijo.)

—Bueno. Dios se lo pague.

Hace esteras; tres por semana. Las ven-

derá en San José, Dios primero. Tiene que comprar las venas. Ahora escasea mucho la vena. De Curridabat para arriba, en todas las haciendas, han cortado las cepas de guineo. Mejores las del guineo, de invierno y de verano. El guineo diario está botando las hojas. La del plátano en el invierno se pudre.

—A ver si llego.

Y sin dificultad se echa la carga al hombro, y al camino.

—

A este viejo hay que suponérselo primero: aindiado, de mandíbulas anchas, sin bigote, descalzo.

Toca recio la puerta y ofrece la mercancía: es un ayote, y lo trae en un saco de gangoche. Trae también un hacha.

Sale a atenderlo una niñita, la hija de la cocinera, y corre a preguntar si mercan el ayote.

—Mire. Llévelo. Es mejor que lo vean. Diga que vale dos riales.

Regresa la chiquilla por el ayote.

—¡Ánimas benditas que lo dejen! A ver si me puedo ir yo a buscar algo que comer.

Medio sopetas, como que le faltan algunos dientes.

Entre tanto, el viejo confianzudo ya iba zaguán adentro.

Yo estaba en cama, en una de las piezas inmediatas, dormitorio de la familia, que la señora mantenía con el piso lustroso y en todo, muy limpio. Un biombo me sustraía a las miradas de las visitas.

Por darle broma y para ver qué hacía, le grité:

—¡Che! ¡Che! ¿Para dónde va?

Cuando lo ví, fué junto a mi cama. Debo confesar que me agradó aquella inesperada visita. El viejo era ocurrente, locuaz, muy expresivo. Por otra parte, yo tenía el buen humor del convaleciente.

—Ando delgado, me dijo. Soy viejito y vea la hora que es y no he tomado café. Tengo un dolor en este lado. (Todo esto, dicho cen gestos muy expresivos).

—Es ayote cascarito, añadió. Yo antes picaba leña en esta casa, cuando estaba Fidelina Vega. (En otro tiempo, cocinera de la casa. ¡Que Dios la tenga en su santa gracia!)

En eso, la chiquilla.

—Que tome, que es muy caro.

—Diga que cuánto me ofrecen.

Y volviéndose a mí:

—Lo vendo para irme a comérmelo. (Con un gesto hace que come). Ando a oscuras.

En eso, la chiquilla.

—Que no, que se lo lleve, que no sea necio.

—¡Ah, chiquita de Dios! como no sabe dar una razón.

Y el viejo no salía del dormitorio.

En eso, la señora.

—¡Adió! ¿Y eso? ¡Tamañas patas pintadas en el piso, acabadito óe limpinr! ¿Y esas confianzas? Salga pronto para afuera.

El viejo volvía la cabeza para todos lados, y no hallaba qué hacer.

Yo estaba muerto de risa.

Si recuerdo que cuando salía iba diciendo:

—Hemos de ser de tierra, señora. No tenga cuidado. Perdone.

Y se fué con su ayote a otra parte.

El educador

García Monge, que hizo sus estudios pedagógicos en su país y en Chile, ha llevado a la cátedra y a la dirección de la Biblioteca Nacional de San José, su credo idealista, su amor a la cultura, sus energías de luchador. Era aquella biblioteca, antes de llegar a sus manos, un frío depósito de libros, como lo son tantas. García Monge la dió calor de hogar y la puso en contacto con las poblaciones más lejanas de la República. Partían los libros de los anaqueles a ser leídos por un maestro rural, por los niños de una aldea, por jóvenes y viejos de todas partes. Y el director no reparaba en si volvían maltrechos y grasosos de la excursión, bastando a su satisfacción saber que habían sido leídos.

De su obra en la cátedra ha hablado una de sus alumnas, Corina Rodríguez López, fervorosa panegirista. ¿De cuántos profesores podrían hablar así los alumnos? Trascribo algunos párrafos de su loa, para que juzgue el lector:

«... Sentí, sin saber por qué, que cuando García Monge entraba a la clase, el aula se transformaba en algo muy parecido a mi casa y que podía decir todo lo que me inquietaba, preguntarlo todo, discutir, sentarme donde me diera el sol, ponerme de pie cuando quería rebatir un asunto y, sobre todo, lo que más me gustaba en la clase de García Monge, era eso de poder ir a su escritorio a conversar con él y salir al corredor a caminar y a pedirle libros o a contarle al profesor algo que podía no tener más valor que el ponerme en contacto con la inteligencia de mi guía o el de acercarme a su corazón, y esto vale más que saberse nombres de memoria.

»Recuerdo que siempre teníamos ansiedad de que se llegara el día de clase con García Monge y que nos lamentábamos de no tener mayor número de lecciones.

»Nos daba clases de literatura, de pedagogía y de historia de la educación, y para él la mejor alumna no era la que más supiera del libro de texto, sino la que hubiera hecho mayor número de lecturas colaterales, la que tuviera mayores iniciativas y la que presentara un trabajo personal.

»De ahí que nos ocupáramos de recoger leyendas, canciones de cuna y refranes populares para presentar trabajos personales. En las clases de literatura podía notarse que sus dos grandes preocupaciones eran crear en nosotras un espíritu cívico por medio de la lectura de leyendas nacionales y el estudio de nuestros hombres y de nuestras tradiciones, y despertar vocaciones.

»Las clases de historia de la educación eran bellísimas. Al hablarnos de la educación griega despertó en nosotros un profundo culto por la belleza y una devoción por los filósofos, los poetas y los oradores griegos. No nos dió simplemente sus nombres, no. García Monge no ha creído jamás en esa manera de enseñar. Nos hizo leer sus obras; puso su biblioteca a la disposición del año y nos leyó páginas hermosísimas de Platón...

»Todavía al entrar en la clase del colegio donde estuvimos con García Monge se siente un calorcito como el que se siente al entrar en una casa cuando acaban de salir los dueños y todavía brillan los carbones en la lumbre...

»El altísimo concepto que García Monge tiene del hogar, su deseo de que se entienda cada vez mejor su verdadero sentido, su poder clarividente en los asuntos de orden educador y cívico, su gran amor a la libertad del pensamiento y su culto a la vida en toda su amplitud, es lo que nos hace pensar que es el padre espiritual de la juventud costarricense que anhele librar a este país de las amenazas extranjeras y de la peor amenaza, que es la de perder el honor y cruzarnos de brazos a esperar lo que venga...»

El amigo de todos

Hombre de América, consagrado al bien y la justicia universales, es el amigo de todos, abriéndose como un camino y dándose como un árbol. Pero él, sencillo y modesto, obra con la naturalidad de una fuerza, sin atribuir importancia personal a lo que realiza. Levanta la antorcha y se cree oculto tras de su fulgor...

Los escritores americanos, principalmente, le debemos una prueba colectiva de gratitud y estímulo. Pongo esta iniciativa en manos de mis compañeros argentinos.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

(De *La Prensa*, Buenos Aires, edición del 18 de enero de 1925. Artículo titulado: *Un hombre de América: Joaquín García Monge*).

PROMETÍ hace algún tiempo a mis lectores del *Diario de la Marina* escribirles acerca de la labor y de la obra que van implicadas en el título. Una doble simpatía imbuyó mi promesa: la que se captan las gene-

rosas cruzadas espirituales, siempre menesterosas de publicidad y de nuevos adeptos, y aquella otra simpatía que suscitan en el periodista las curiosidades más nobles de sus lectores. Para evidenciar esta última, recibo con frecuencia cartas de ellos en que se me pide que señale algunas fuentes de información selecta y periódica, representativa y constante sobre el movimiento de ideas en nuestra América hispánica.

El REPERTORIO AMERICANO, que edita desde hace algunos años en San José de Costa Rica don Joaquín García Monge, espíritu mentor si los hay, es una fuente tal, y ya en alguna ocasión la tengo aludida de un modo implícito. Pero, como para recordarme discretamente la más amplia deuda de caracterización, todas o casi todas las semanas me llegan los sucesivos ejemplares del REPERTORIO. Y hoy quiero saldar mi promesa.

Don Joaquín García Monge es la más alta figura intelectual de este tiempo en Costa Rica. Maestro y pedagogo fecundísimo; brazo derecho, en más de una ocasión, de los muy serios esfuerzos que por la organización de la enseñanza pública se han hecho en un país ejemplarmente preocupado de esa función vitalísima: bibliófilo y bibliotecario, fervoroso novelista de finas intenciones, publicista infatigable y certero, escritor neto, sobrio y penetrante—todo eso, a más de limpísimo varón—es este hombre modesto que ha sabido siempre esconderse a sí mismo tras las obras de su esfuerzo. Si a alguien se le ha podido llamar con rigor de justicia un genuino «profesor de energía» es a García Monge. Costa Rica le debe mucho que no se conoce, porque no es labor ostensible: esa suerte de servicio abstracto o interior, de organización, de señalamiento de pautas y recursos, de estimulación alerta, de simpatía hacia todas las iniciativas espirituales, que alguien ha de asumir cuando se aspira a la creación de un ambiente propicio. Pero Costa Rica ha de reconocerle también a García Monge el hecho más notorio de haber convertido a país tan pequeño en un verdadero foco de divulgación literaria, en una como *clearing house* de todos los valores intelectuales del Continente.

¿Cómo hizo esto García Monge? Lo hizo por medio de sus publicaciones, de sus ediciones. La biblioteca de *El Convivio*—de aquellos libritos ricos y menudos como breviarios en que, con las mejores plumas de América y de Europa, figuraron las de nuestros Varona, Chacón y Calvo, Roig—fué obra de su amor. También lo fueron otras empresas similares, tal la de *La Edad de Oro*, publicacion para niños obviamente evocadora del espíritu afín de Martí.

Pero la labor que más méritos, gratitud y nombradía ha granjeado a García Monge es su REPERTORIO AMERICANO, en cuyas páginas—cito una alusión reciente del certero crítico español Enrique Díez-Canedo—«reune la más escogida colección de documentos para el estudio del movimiento de las ideas en el nuevo Continente».

La palabra «documentos» claro está que no tiene, en ese encomio, su conectación habitual de oficinas y archivos. Sin embargo, es exactísima, Porque ninguno de los artículos, ensayos, cartas y crónicas que García Monge publica en su REPERTORIO, espigándolos de la cosecha intelectual en curso por todo el mundo hispánico, puede ser tachado de insubstancial o de efímero. Todos tienen su monta. su enjundia rica, su unificadora trascendencia,

La preocupación inmediata de García Monge es la enseñanza. Las páginas del REPERTORIO están de continuo atentas a cuanto pueda interesar al Maestro, máximo obrero de nuestras sociedades incipientes. Un hálito de pedagogía evangélica—fragante de Gabriela Mistral y de Rabindranath Tagore—se junta en este semanario con los más graves tecnicismos educativos de método y doctrina.

Pero García Monge hasta en esto sabe comedir la propia preferencia. Su revista no padece de gravedad didáctica. Es, por el contrario, de una amenidad plena de estímulos diversos y enderezada siempre a sustentar el ideal de simpatía hispanoamericana que cifra la otra preocupación intelectual de García Monge.

El REPERTORIO AMERICANO circula profusamente por todo el mundo de nuestra habla y por los centros de simpatía extranjera. No existe mejor vocero para las aspiraciones y recíproco conocimiento de los pueblos hispánicos, ni puede recomendarse más pura y abundosa fuente de información a quíenes sientan la noble curiosidad de los asuntos que se ventilan por cima de todas las fronteras.

JORGE MAÑACH

P. G. La dirección del «Repertorio Americano» es: Apartado 533. San José de Costa Rica, C. A.

(Del *Diario de la Marina*, Habana. Artículo titulado GLOSAS: El «Repertorio Americano» de García Monge).

La demostración de *Nosotros* a Sanín Cano

El 2 de abril de 1925 la excelente revista Nosotros, *de Buenos Aires, dió una comida casi íntima a Baldomero Sanín Cano. Ofreció la demostración uno de los directores de* Nosotros, *Roberto F. Giusti. Estas fueron sus palabras:*

Señor: Cuando llegasteis, saludamos en las páginas de *Nosotros* vuestra presencia en la Argentina, como una promesa para la juventud, a la cual vuestra palabra podría servir de ejemplo y consejo. Ahí mismo la invitábamos a acercarse al maestro que ha querido radicarse entre nosotros. Algunos ya lo hemos hecho (disculpadme que aun me tenga por joven, siquiera porque necesito de aquel consejo); otros, sin duda, no perderán esta noche la ocasión que hemos querido ofrecerles de estrechar con vos esa dulce amistad de la inteligencia que nunca negasteis a los jóvenes. En otra ocasión he celebrado, hablando de Rodó, lo que es un maestro, una mente recta y sabia que nos guíe por el camino de la perfección espiritual, y como tal os propongo a los argentinos. Os he dicho del linaje de Montalvo, de Martí, de Rodó, por el idealismo que anima vuestra labor de publicista, por la amplitud y claridad de vuestra mirada, por vuestro amor a América y vuestra preocupación por su porvenir. ¿Cuándo, más que ahora, que una sociedad, un mundo, una civilización se deshace y desmorona ante nuestros ojos espantados, hemos necesitado de guías expertos? Infinitos caminos se abren ante la ansiedad de América, que así pueden llevarla a realizar el alto destino que de ella esperamos, como a extraviarla quién sabe en cuales encrucijadas. Infinitas voces discordes suenan en nuestros oídos en esta hora babélica, señalándonos las rutas más opuestas. Hasta las milenarias del Asia nos aconsejan algunos! En la revista *Nosotros* aun se cree, señor, en la virtud de la civilización greco-romana, la *Humanitas*, que puede informar e inspirar la experiencia histórica de América, a la que no desdeñamos; y todavía somos muchos los que ascenderíamos las gradas de la Acrópolis para repetir ante Atenea la plegaria de Renán. No creo engañarme, maestro, si pienso que podemos contaros entre los nuestros. Hijo de América, no teméis la democracia ni la libertad. Podéis condenar, habéis condenado sus errores y parodias, pero nunca renegaríais de ellas. Los valores caducos de Europa, sus extravíos presentes, no os alucinan ni seducen. Siempre fuísteis un severo censor del militarismo, de la diplomacia enredista, de los turbios manejos financieros, de la venalidad de la prensa, de la concupiscencia, inmoralidad, frivolidad, anarquía de esta sociedad decadente. De estirpe hispana, manejáis nuestro idioma, por el que el nombre y el espíritu de España sobrenadarán sobre

la corriente de los siglos, con perfecta maestría. Vuestra cultura es aquélla, universal, que sólo son capaces de atesorar con juvenil avidez, sin exclusivismos, los espíritus esclarecidos de América cuando dirigen sus miradas hacia el saber del viejo mundo. Singularmente modesto, habéis dejado dispersa en los periódicos vuestra múltiple y riquísima labor, con la cual podrían y deberán formarse muchos libros orgánicos, sólidos, henchidos de ideas, noblemente inspirados y sabrosamente escritos. ¡Qué exquisita cultura se muestra en ellos y aun en la más pasajera expresión de vuestro pensamiento! A través de los años, antes de que colaborarais en *La Nación* y después de que os incorporasteis al cuerpo de sus corresponsales, nos habéis hablado de política, de economía, de historia, de ciencia, de arte, de letras, siempre con criterio seguro de hombre que ha acrisolado su cultura y madurado su pensamiento. Vuestros artículos, vuestros ensayos, son de una pieza: dicen bellamente, con vigor y rigor lógicos, cosas nobles y justas. La larga residencia en Inglaterra ciertamente no ha sido ajena a vuestro perfeccionamiento espiritual. Tan español como sois por la lengua rica y jugosa que manejáis, tenéis mucho de inglés por la seriedad y solidez del raciocinio. En vuestros escritos nunca asoman la garrulería, el conceptismo, el preciosismo que tantos estragos hace hasta entre los más agudos ingenios españoles. Aquella digna seriedad del pensamiento que tanto debe a las disciplinas clásicas, que se muestra en los públicistas ingleses, así se llamen Macaulay como escriban en los periódicos del día, seriedad que no está reñida con un sano humorismo, no es el rasgo menos característico y precioso de vuestra obra. Y como habéis contemplado durante muchos años las cosas del mundo desde un alto observatorio europeo, apartado de las mezquindades del localismo y desligado de los intereses creados, y sois independiente y tolerante por naturaleza, no hay impulso ni movimientos modernos —aunque encontrados, en esta época de todas las tentativas y de todas las experiencias—que no hayáis considerado con comprensiva atención. ¿Qué más se necesita para ser un buen maestro? Talento, ilustración, carácter, clarividencia, afán de bien, todo lo tenéis. Por eso, señor, los intelectuales argentinos rendimos este homenaje de afecto y camaradería al ilustre colega colombiano.

Discurso de B. Sanín Cano

Señorita, Señores: Las palabras gentilísimas del preciado escritor argentino señor Giusti me han conmovido hasta privarme casi del uso de la palabra. Hay estados de ánimo, como el que me embarga en este momento, cuya expresión más adecuada y más reverente es el silencio. La adoptaría en esta ocasión si no fuera que el silencio es también, y muy frecuentemente, el vehículo furtivo de la simulación. Debo pues hablar, previniendo desde antes a mis galantes anfitriones que van a tener que prestar su valiosa atención a un orador detestable y a razonamientos de mérito secundario.

En primer lugar mi posición es falsa. Acaban Uds. de escuchar en frase de una tersura y elegancia insuperables el elogio inmerecido de un hombre de buena voluntad. No recuerdo haberme visto sino una vez en posición semejante a ésta en que me han colocado la bondad ilimitada y las excelentes dotes de escritor y analista del señor Giusti. Enseñaba inglés hace algunos años a una mujer inteligente y hermosa que había recogido por sí sola algunas nociones sobre la lengua del Imperio Británico. En la primera lección se trató de pronunciar la palabra *potatoes* que la señora articulaba exactamente, como si fuera una voz española, tal como está escrita. Hube de corregirla tratando de darle la precisa pronunciación inglesa que difiere substancialmente de la que tendría esa palabra si fuera española. Mi discípula me miró fijamente con ojos de Minerva y me dijo: «A las Señoras no se les contradice».

En tal situación me encuentro frente al señor Giusti y a los benévolos caballeros que me acompañan. A una señalada atención yo debo contestar contradiciéndolos. Algún mérito debe tener el individuo a quien se hace una manifestación como ésta. Pues, señora y señores, yo me he examinado cuidadosamente buscando esos méritos y acaso he dado con una leve cualidad que justifique esta generosa demostración.

Faltando a mi natural timidez y exagerando un tanto vuestra penetración, me atrevo a decir que acaso me hacéis esta manifestación porque habéis descubierto que soy un escritor sin rival. En efecto, no tengo rival entre los poetas porque jamás he escrito versos; no le tengo entre los novelistas porque, incapaz de mirarme introspectivamente para adjudicarles en seguida mis ideas y sentimientos a personajes imaginativos, no he inventado ni publicado novelas; me ha fascinado la luz de las candilejas, pero hombre extraño a las grandes emociones y profundamente débil ante las espectativas ansiosas, he preferido contemplar esa luz desde las butacas, no detrás de bastidores, donde se colocan los autores dramáticos y donde la vida late con un ritmo dionisíaco; tampoco tengo rival entre los ensayistas, porque no hay quien pueda decir que conciliara el sueño o prolongara la vigilia leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado; considero, por último, no tengo rival entre los periodistas porque, como vosotros sabéis, en esa bella profesión que es más bien un apostolado donde se aspira al martirio, la rivalidad está ausente y es incomprensible.

No niego que mi posición es lisonjera. Escritores de genio y escritores medianos han difundido su actividad por todos los géneros literarios. Goethe escribió dramas, novelas, poesías líricas, ensayos críticos y filosóficos, disertaciones extensas y fecundas sobre los colores y sobre la anatomía comparada. Otros escritores de menos altura han espigado también en numerosas disciplinas. La naturaleza me ha concedido otra originalidad. En mí, en vez de reunirse un número considerable de talentos, se han reunido una cantidad respetable de carencias. Y podría definirme como sin sarcasmo y con mucha propiedad ya definieron a otro escritor: «il avait la chance de n'être ni poète lyrique, ni romancier, ni dramaturge ni philosophe. De là cette union litéraire et unique de quatre talents qu'on n'a pas».

Y termine aquí la contradicción que en pugna con las reglas de la estricta galantería me he visto obligado a hacerle a mi excelente amigo el Sr. Giusti. Acaso él tenga razón en algún punto: a pesar de mi exuberante esterilidad literaria no puedo negar que esa misma aridez ha servido de estimulante a ciertos espíritus selectos. No habiendo producido nada, mi actividad ha servido de incitante a los que debían y podían producir. Aunque no hubiera hecho nada más que excitar la cerebración en talentos tan completos como los de José Asunción Silva y Guillermo Valencia, ya podría decir que mis actividades literarias no han sido vanas. Pero aquellas inteligencias no habían menester impulso exterior: su intensa vida interior era un impulso irresistible. He sido causa de que se lean libros que me parecían dignos de atención; por mi culpa se han discutido ciertas teorías estéticas; he estado siempre del lado de la juventud; no puedo negar que en América se les ha perdido el miedo a las ideas nuevas desde que el pequeño grupo que oteaba en Bogotá desde 1890 las corrientes literarias y filosóficas hizo acto de presencia ante una generación que creía vulnerados sus derechos tradicionales por las teorías de arte que llenaban el ambiente de los nuevos cenáculos literarios.

Antes de terminar quiero dejar testimonio personal del significado de la revista *Nosotros*. En 19 años ha logrado congregar en sus páginas inteligencias abiertas al influjo de todas las ondas del pensamiento. Liberal, tolerante con las ideas, severa con el mal gusto, dispuesta a fomentar nobles iniciativas, la revista *Nosotros* es leída en Bogotá, en Méjico, en la Habana, con el mismo interés que en Madrid. Caso único de revista sudamericana netamente literaria que haya llegado sin auxilio extraño a la edad de 19 años es vuestra distinguida y valiente publicación. Sin duda desempeña un papel en la cultura del continente, y si acaso en algunos momentos su existencia ha sido precaria es porque se adelantaba generosamente a la civilización de su tiempo.

Ahora debo excusarme por la longitud e incoherencia de esta oración. Me asaltaba al principio un temor invencible; al llegar a las últimas frases esa emoción se convierte en verdadero pavor. Para hablar durante quince minutos he tenido que apelar a la presencia de ánimo atribuída por sus contemporáneos al vencedor en Waterloo. Cuenta la historia que, estando en Bruselas

el Duque, llegó un mensajero enviado por el Rey de España con comunicaciones urgentes. El mensajero no sabía inglés y tenía entendido que Wéllington, a pesar de su estada en España, no sabía castellano. Se consolaba el enviado pensando que el vencedor de Napoleón hablaría francés y al pedir audiencia le dijo al ayudante:

—El duque, sin duda, habla francés corrientemente.

—Corrientemente no, dijo el ayudante, pero con mucha sangre fría.

De esta sangre fría he necesitado para dirigir la palabra a un auditorio de refinados, en una capital notoria entre las demás del mundo civilizado por el exquisito gusto de sus habitantes, por la actitud hipercrítica con que someten aquí a la prueba del fuego a las grandes reputaciones literarias y a los hombres de ciencia. *Merci.*

(Nosotros, Buenos Aires, Rep. Argentina).

Los fantasmas de la Cordillera

La primera vez que crucé la cordillera de los Andes, naturalmente vinieron a mi memoria épicos recuerdos; la sombra del general San Martín, con su capote de campaña y su sombrero de hule, me acompañó en el fragoso camino. Cuando desemboqué en el anfiteatro de Uspallata, el viento helado que venía de las cumbres sonaba como un tambor lejano. Aquel misterioso redoble me recordó el tambor fantasma de la balada de Zedlitz, que, con sus manos de esqueleto, bate el parche antes de llegar el día y convoca a los muertos del Grande Ejército para que desfilen frente al espectro del Emperador. Me pareció que aquel tambor tocaba también a generala en el valle, y que los soldados del Ejército de los Andes acudían al fatídico llamado. De los desfiladeros y quebradas bajaban a paso de carga los regimientos de cazadores, con sus mochilas, sus largos fusiles chisperos y sus caladas bayonetas; los cuerpos de zapadores, con sus picos, palas y barretas; las compañías de artilleros, con sus blancos correajes y sus carabinas terciadas; la brigada de la maestranza, con sus perchas, calabrotes y aparejos, los escuadrones de gigantescos granaderos, rígidos en sus cabalgaduras, con sus altos morriones y sus sables desnudos empuñados. Las divisiones evolucionaban como en la «Revista Nocturna» de Raffet y desfilaban frente al capitán de los Andes levantando en alto las banderas, los estandartes, los guiones, las insignias, los trofeos manchados por la pólvora y desgarrados por la metralla. La visión ahuyentada por la realidad y cogida por el viento, se fué luego envuelta en jirones de banderas y nubes, y se perdió detrás de las cumbres donde habitan los cóndores. En la Guardia Vieja me salieron al encuentro la sombra de Lavalle y el trágico espectro del fraile Aldao, con sus vestiduras talares manchadas de sangre, y, por fin, cuando tomé el camino de la cuesta de Chacabuco, el mismo camino que hizo el Ejército Libertador, me pareció que caminaba en medio de un tropel de épicos fantasmas.

He vuelto a cruzar varias veces la cordillera, y en ella he tropezado siempre con los mismos fantasmas. Pero una mañana de abril en que ascendía con mi hijo mayor el camino de las Cuevas, me salió al paso una sombra desconocida. Era aquella una humilde y venerable sombra. No llevaba arreos de guerra ni la escoltaban soldados. Viajaba solitaria, al tardo paso de su cabalgadura, por la áspera senda, tallada en la montaña, sobre el abismo.

De mañana, mientras cruzábamos los Paramillos, yo había leído estas palabras que escribió Sarmiento el año 42, proscrito en Chile: «A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes para despedirse de su hijo antes de descender a la tumba». En aquella sombra que ascendía penosamente la montaña, yo reconocí entonces a la recia anciana cuyo retrato Sarmiento dejó tallado en materia perdurable en sus *Recuerdos de Provincia*. Venía, sin duda, de la casa solariega de San Juan, la pequeña casa cuyos adobes pudieron contarse en varas de lienzo tejidas por sus incansables manos. Había dejado el viejo hogar con su patio sombreado por la higuera centenaria; con su huertecillo rodeado de tapias albardilladas; con su pequeña alberca de aguas cristalinas. Se había despedido de sus hortalizas, de sus naranjos, de su único duraznero, de sus plantas, de sus flores: su rosal morado, su malva fina, sus claveles. Había dado el adiós a sus pájaros, a las patos de la alberca, a las rústicas gallinas que poblaron el corral. Se había arrancado, ¡con cuánto dolor!, del viejo telar tendido a la sombra de la higuera, después de atar sus pedales y de guardar los husos y la lanzadera de algarrobo pulida por las manos de dos generaciones, y, con sus setenta y seis años a cuestas, sola y confiada en Dios, se había lanzado montaña arriba, desafiando las cumbres eternamente nevadas, para llegar junto al hijo desterrado y darle, con su bendición, el último beso y el adiós hasta la Eternidad. Caminaba la intrépida anciana por la pedregosa senda con la mirada puesta en las cumbres que le ocultaban la tierra chilena donde esperaba el ausente, y, a medida que se alejaba aquella sombra, en vez de empequeñecerse con la distancia, se engrandecía. Y tanto se engrandecía, que, cuando llegó a la cima del más elevado cerro, su silueta, proyectada sobre el cielo, parecía una gigantesca estatua cuyo pedestal fuese toda la montaña. Aquel fantasma ahuyentó todos los otros gloriosos fantasmas de la cordillera. Cuando la augusta sombra de la madre se perdió detrás de las cumbres, sentí que la montaña quedaba despoblada de épicos recuerdos, y proseguí el viaje indiferente, olvidado del hombre del capote de campaña y el sombrero de hule, y sin advertir que iba hollando la senda del Ejército de los Andes.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCÍA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

La parábola de la fortuna

A la boca que, sin palabras, inspiró este canto de antiguas vidas y remotos sucesos;

Al labio mudo que, en una pensativa sonrisa, se iluminó con los resplandores de una fantástica lejanía.

I

Por el sendero tapizado de grama, las hermanas vienen cada mañana a la cisterna a llenar sus cántaros en el agua transparente. Sus pies desnudos se humedecen en el rocío que la noche ha esparcido sobre el campo, y sus ojos, lánguidamente abiertos, acarician aún el último sueño.

La hermana rubia copia en sus pupilas las azules embriagueces del cielo, y sus cabellos se confunden con los primeros rayos del sol.

La hermana rubia tiene anhelos inefables y deseos brumosos, como el confín lejano de la tierra.

La hermana del cabello negro robó fulgores a la noche para sus ojos, y para su tez sonrojos y nácares al alba. La hermana del cabello negro acaricia ensueños de amor, y se abrasa su corazón en púrpuras.

La hermana frívola es, de las tres, la más hermosa, pero nunca sueña ni desea. Se contempla arrobada, en el cristal de la cisterna oscura. Su alma es frágil, como su cántaro de arcilla, y a nadie dice lo que medita en silencio. Toma el agua y se va.

II

Por el sendero que las hermanas transitan en el amanecer, cruzó un día la caravana del Príncipe Deseo, que regresaba a la Ciudad Ignota. Los camellos sedientos llegaron a beber a la cisterna y enturbiaron el agua.

Un mago vengativo, que venía de otros confines, no pudo entonces apagar la sed de su garganta, ardida por muchos días de peregrinar en el desierto.

Fulminó el Mago una maldición, y el sortilegio de cabalísticas palabras dejó trocado al Príncipe en esa piedra blanca que ahora yace inmóvil, junto a la cisterna, hasta el día ignorado en que unas manos virginales, vertiendo sobre ella el agua milagrosa de la resurrección, conjuren el hechizo.

La hermana rubia vierte cariñosa su cántaro sobre la piedra muda, mientras sus ojos se iluminan con el fulgor de una fugitiva esperanza, y parecen más azules. En tanto teje pacientemente ensueños en su corazón, y sus manos hilan blancos copos de lino para un velo nupcial que no sabe si ha de ceñir su frente.

La hermana de los ojos negros y de los deseos ardorosos vierte su cántaro, como un cofre lleno de espumas y de risas, sobre la piedra blanca. Sus lágrimas han caído confundidas con el tropel del agua que se derrama en cantos. La hermana de los ojos negros estruja, una con otra, sus manos anhelosas, acaso predestinadas al conjuro por un hado feliz, y se inunda su corazón de ensueños.

Pero la hermana frívola, que es, de las tres, la más hermosa, como no ama ni desea, jamás derrama el agua sobre la piedra inmóvil. La hermana frívola tiene frágil el alma, como su cántaro de arcilla, y a nadie dice lo que medita en silencio. Toma el agua y se va.

III

Dormida sobre el césped, tuvo la hermana rubia un sueño serenísimo.

Sobre el sendero que va a la cisterna, festonado de lirios, descendieron como rocío de oro las estrellas, y alfombraron de luz el campo por donde vino, acompañada de dulces músicas, la caravana del Príncipe Deseo.

Era un séquito de camellos lánguidos, de pausado andar, que se agobiaba bajo el peso de un tesoro de gemas y de rosas.

La hermana rubia sintió su corazón henchido de infinito gozo, y sus sentidos se embelesaron en el triple desfallecimiento del placer, de la alegría y de la esperanza.

Pero la caravana pasó de largo, sin mirarla...

....

Y cuando, lentamente, abrió la hermana rubia los admirados párpados, flotaba en el aire una estela de perfumes; las estrellas habían volado al cielo, y la noche ritmaba en torno una canción de silencios.

IV

La hermana de los ojos negros y el cabello sedoso tuvo otro sueño inquieto, que la llenó de pensamientos extraños.

Delante de una gruta sombría, la vieja Adivina la detuvo para pedirle de beber.

Interrogó la hermana de los ojos negros:

—¿Cuándo, Adivina, cuándo mi cántaro vertido realizará el milagro de la resurrección?

La Adivina entornó la mirada y le dijo:

—Cuando el agua purísima que dejó de apagar la sed del Mago vuelva a esta cisterna, después de haber sido por tres veces rocío y por tres nube; cuando por tres veces se confunda con el raudal de un río y con las olas de un mar, con las lágrimas de una virgen y con la lluvia de una mañana estival, vertida entonces sobre la yerta piedra por las manos afortunadas, realizará el milagro de despertar al que, silenciosamente, duerme bajo su encanto.

Al abrir sus ojos, la hermana del cabello negro se encaminó sola a la fuente. Y derramó su cántaro y sus lágrimas, mientras en el cielo palidecían las últimas estrellas.

Pero la piedra permaneció inmóvil.

V

La hermana frívola que es, de las tres, la más hermosa, jamás ha soñado ni deseado.

Mientras sus hermanas languidecen de anhelos, y se consume su corazón en una nunca florecida esperanza, la hermana frívola no dice a nadie lo que medita en silencio. Toma el agua y se va.

Una mañana se sentó fatigada sobre la piedra blanca. Sus ojos perseguían el capricho de una nube que vagaba errante por el cielo, como su alma sin afectos ni sonrisas.

Un golpe abandonado de sus manos volcó el cántaro. Y el cántaro cayó, roto en pedazos, sobre la piedra inerte.

En espumas y en burbujas esparcióse el agua cantarina.

Y, milagrosamente, surgió el Príncipe de su sueño encantado.

De los confines de la tierra llegaron los del regio séquito, y el aire se saturó de dulces cantos.

A los pies de la afortunada derramó el Príncipe sus tesoros, y le ofrendó su corazón enamorado.

Pero la hermana frívola tenía frágil el alma, como su cántaro de arcilla. Y desdeñosa se alejó por el sendero tapizado de grama, mientras sus ojos perseguían el capricho de la nube que, al azar, vagaba por el cielo, como su alma sin afectos ni sonrisas.

ENRIQUE RESTREPO

(Del tomo *Cuentos*. «Ediciones Colombia». 2. 1925. Bogotá)

El caso Lugones-Herrera y Reissig

Por Horacio Quiroga



Leopoldo Lugones

Repetidas veces se ha escrito, y con decidido afán de molestia, vuelto casi sistema, que la poesía de Leopoldo Lugones derivaba directamente de la de Julio Herrera y Reissig. Tanto se ha repetido, que para muchos jóvenes es ya un dogma esta especie. Los cargos de imitación—y servil—pesan particularmente sobre la construcción de los sonetos titulados *Los Doce Gozos,* y que Lugones insertó en su libro *Los Crepúsculos del Jardín*, dado a luz en 1905.

La construcción gramatical e ideológica de dichos sonetos se encuentra realmente reproducida o anticipada en otros tantos de Herrera y Reissig, aparecidos a su vez en su tomo *Los Peregrinos de Piedra,* de fecha anterior al libro de Lugones. Pasma en verdad en unos y en otros la semejanza del tema, del giro oracional, del cuadro, de la disociación descriptiva encaminada a evocar una unidad final del género puntillista; de todo lo que, en suma, ha provisto de una persistente individualidad a los célebres sonetos de ambos autores.

El señor Blanco Fombona, reputado escritor venezolano, se ha constituido en el más brioso paladín del cargo que pesa sobre Lugones. El señor Fombona no alude solamente; poco sería esto para su carácter batallador. Nítida y cortante, expone la comparación entre ambos poetas en el prólogo que inicia una edición extranjera de *Los Peregrinos de Piedra.* Vale la pena—y creo que por última vez, como se verá—transcribir las líneas del autor venezolano que se refieren a esta flagrante imitación.

Dice el señor Blanco Fombona:

»En 1905 aparecía en Buenos Aires un libro de Leopoldo Lugones titulado *Los Crepúsculos del Jardín.* En ese volumen puso en circulación Lugones, con más éxito que el uruguayo, e imprimiéndoles sello y nombre, todas las novedades de Herrera y Reissig. Herrera y Reissig fué para el Lugones de *Los Crepúsculos del Jardín* lo que el Perugino fué para Rafael; fué, tal vez, más. Los lectores de la *Antología* que publica Santos pueden cotejar los sonetos de Herrera y Reissig con los sonetos de *Los Crepúsculos.* Así descubrirían la filiación de estos últimos. Por lo pronto, me serviré, para ilustrar mi opinión, de algunos ejemplos.

»El poeta de Montevideo escribió en *El Baño de tres doncellas:* Foloe, Safo y Ceres:

«... se abrazan a las ondas,
que críspanse con lúbricos espasmos masculinos...

»El poeta de Buenos Aires empezó luego aquel hermosísimo soneto titulado *Oceánida* con este verso:

«El mar, lleno de urgencias masculinas,

«Hay un soneto de Herrera y Reissig titulado *El Enojo.* Empieza de este modo:

Todo fué así: sahumábase de lilas
y de heliotropo el viento en tu ventana;
la noche sonreía a tus pupilas,
como si fuera su mejor hermana...

»Lugones escribe:

Sahumáronte los pétalos de acacia

»Y en otro soneto:

La estrella que conoce por hermanas,
desde el cielo tus lágrimas tranquilas,

»La imitación del procedimiento es constante, y se precisa más todavía en otros poemas. Herrera termina su soneto *Decoración Heráldica* con el terceto que transcribo:

Buscó el suplicio de tu regio yugo,
y bajo el raso de tu pie verdugo
puse mi esclavo corazón de alfombra.

»Y Lugones concluye su lindo soneto *En Color Exótico* con el terceto siguiente:

Se apagó en tu collar la última gema,
y sobre el broche de tu liga crema
crucifiqué mi corazón mendigo.

»Pero, ejemplos sueltos no pueden dar idea. Lugones posee demasiado talento para imitar *mot à mot.* Lo que ha imitado en Herrera y Reissig es el procedimiento. El que quiera otros compare *Los Crepúsculos del Jardín* con *Los Peregrinos de Piedra.* Lo que fué novedad en Herrera y Reissig, se convierte en *procedimiento* en Lugones; a la originalidad virgínea del uruguayo sucede la simulación de originalidad en el argentino. Herrera y Reissig y Lugones son contemporáneos. Las coincidencias, principalmente de procedimiento, es decir, esenciales, que se observan sobre ambos pudieran algunos atribuirlas a imitación de Herrera y Reissig, y no a imitación de Lugones, máxime cuando Lugones es poeta célebre, popular en toda la América, y el otro un desconocido. Sobrarán, pues, de seguro, quienes, en su admiración al gran poeta de Buenos Aires, achacarán al desconocido Herrera y Reissig la imitación, y no al magnífico y popular poeta de *Los Crepúsculos del Jardín.* Conviene esclarecer el punto.

»La imitación de Herrera y Reissig por Lugones podría probarse por razones psicológicas, si no existieran las de orden cronológico... La razón cronológica, más al alcance del vulgo, es concluyente».



Julio Herrera y Reissig

El señor Fombona hace constar aquí, del modo más incontrovertible, que mientras los sonetos aludidos de Herrera y Reissig aparecían desde 1900 a 1904, *Los Crepúsculos del Jardín* veían la luz pública en 1905.

En todo lo transcripto, el ilustre escritor venezolano tendría razón también ilustre, si las razones cronológicas por él invocadas no probaran lo contrario. El error del señor Blanco Fombona consiste en atribuir a la fecha de aparición de un libro com-

puesto de recopilaciones, la fecha real de aparición de cada uno de sus poemas. *Los Doce Gozos,* pieza de litigio en este caso, vieron la luz pública a comienzos de 1898, en la revista *La Quincena* de esta capital. Cuándo fueron escritos, lo ignoro; pero ostensiblemente, y de acuerdo con las razones psicocronológicas del autor venezolano, antes de ser impresos. Si el primer soneto del género *gozo,* en Herrera y Reissig, lleva fecha de 1900, no fué tarea fácil para Lugones hurgar en la mente de su colega, con dos años de anticipación, el tema y el procedimiento de poemas que aun no existían.

En realidad, esto debía tener aquí punto final. Pero atento al hecho de haber mediado en la contienda más de un escritor ilustre a la par del señor Blanco Fombona, con su mismo espíritu justiciero; visto que entre nosotros mismos dichos cargos tornan a insinuarse cada vez que de Herrera y Reissig se trata; habiéndome, por fin, las circunstancias concedido asistir muy de cerca a la gestación de este problema, creo de mi deber agregar algunas líneas.

Yo tuve, en efecto, una amistad muy estrecha con Herrera y Reissig durante este peligroso período. Nos veíamos entonces con gran frecuencia, en su casa, que no era todavía la Torre de los Panoramas, o en la mía, que era sólo una pieza. En una u otra leíamos mutuamente nuestros versos, con tanto mayor entusiasmo cuanto que en aquellos días—a mediados de 1900—ambos creíamos poseer también una sensibilidad nueva, totalmente extraña al medio ambiente.

La poesía de Herrera y Reissig orbitaba entonces alrededor de Darío. La mía sufría la influencia de los franceses, y, en particular, de la de Lugones: precisamente de *Los Doce Gozos.*

Pues bien: Herrera y Reissig no conocía estos sonetos cuando trabé relación con él. Admiraba mucho a Lugones, el de *Las Montañas del Oro, Gesta Magna* y otros poemas de su primera época. *El Ramillete, El Solterón* y *Los Doce Gozos* le eran desconocidos.

Figurémonos entonces la gloria de Herrera y Reissig cuando puse en sus manos los ejemplares de las revistas *Iris* y *La Quincena* en que aquéllos habían aparecido. Uno y otro sabíamos de memoria tales versos. Tanto lo sabíamos que el entusiasmo levantado en nosotros mismos por nuestros propios sonetos no advertía su procedencia, perceptible desde cien leguas. Un año más tarde yo no escribía más versos. Herrera y Reissig, al fin poeta, continuó haciéndolos hasta su muerte.

Pero yo no creo que los triunfos de su madurez le hayan devuelto la alegría de nuestros comienzos, nuestra inconmensurable fe, no como poetas—Dios me perdone—sino como poseedores de una nueva, incomprensible y pasmosa sensibilidad.

Estos recuerdos reviven ahora en mí la memoria de aquel gran muchacho, que ya los años desvanecían. No aprendíamos novedad literaria que no fuera yo a comunicársela a él, mientras tomábamos mate, o acudiendo él a casa, donde tocaba en la guitarra una melodía de Vieuxtemps, cantándola con voz mala y llena de calor. No usaba entonces de morfina, ni excitante alguno. Como rarezas, sólo ostentaba dos: un hermano misterioso, en quien creía más que en sí mismo, y un gran colchón que le vi usar de frazada. Bajo él, y sentado a medias en la cama, sufría ya de las palpitaciones al corazón que debían llevarlo a la tumba. Nunca conocí hombre más exagerado para el elogio, ni más parco para la diatriba. De los versos que no le agradaban decía sólo, removiendo los dedos: «Musiquitas..., versitos...» De las personas que amaba, decía, invariablemente, que tenían un talento más grande que la iglesia matriz. A un chico tan modesto como asustado le vi sacudirle del hombro una y diez veces, mientras le aseguraba a gritos que el genio no le cabía dentro de la cabeza...

A pasear, Herrera y Reissig salía muy poco. Cuando lo hacía, era, en son de ataque, con sus colegas neosensitivos. Recuerdo así habernos encontrado una tarde, en marcial terceto, Herrera y Reissig con sus guantes nuevos y sus botines antagónicos de siempre, Roberto de las Carreras con un orioncillo de color verde cotorra, y yo con un sombrero boer cuya cinta de color oro rabioso pendía en lazo por bajo del ala. Teníamos entonces veinte años, bien frescos.

Mi amistad con Herrera y Reissig fué, a pesar de todo, más breve y literaria de lo que ambos hubiéramos creído. En 1901 yo dejaba a Montevideo; y al año siguiente, de paso por aquella ciudad, me vi aún con gran placer con mi amigo. Cuatro años más tarde, y en iguales circunstancias, caminamos juntos un par de horas. Pero ya no nos entendíamos. Nuestro modo de sentir en arte había variado. Faltos de este lazo, nuestro afecto, tan sensible al evocarlo en este momento, no lo hallamos más al vernos frente a frente.

(*El Hogar,* Buenos Aires).

Al Sr. García Monge

Buenos Aires, julio de 1925

Mi querido amigo:

Le mando el artículo justiciero que don Horacio Quiroga acaba de publicar en *El Hogar* sobre «el caso Lugones-Herrera y Reissig».

Vale la pena de que usted lo reproduzca en su difundido periódico. Por fin, después de muchos años un hombre honrado dice la verdad sobre tan discutido asunto. El testimonio de Quiroga es doblemente valioso, porque además de ser él compatriota de Herrera y Reissig es autor de un libro de versos:—*Los arrecifes de coral.* Montevideo, 1901.—donde ya hay sonetos a la manera de Lugones.

Creo que podemos pensar cualquier cosa de las ideas políticas del maestro; pero al César lo que es del César...

Suyo cordialmente,

GLUSBERG.

El caso Lugones-Herrera y Reissig

EN el prólogo de la edición Garnier, de *Los peregrinos de piedra* (1912), decía el escritor venezolano don Rufino Blanco Fombona: «En 1905 aparecía en Buenos Aires un libro de Leopoldo Lugones titulado *Los Crepúsculos del Jardín.* En ese volumen puso en circulación Lugones, con más éxito que el uruguayo, e imprimiéndoles sello y nombre, todas las novedades de Herrera y Reissig». Tal afirmación, por proceder de escritor americano y, aparentemente, tan conocedor de las literaturas americanas produjo estupor. La prensa porteña, pronta a obtener un motivo de posible repercusión y trascendencia, tomó base en dicho prólogo — que encerraba, al propio tiempo, una severa acusación—para iniciar una encuesta con el fin de aclarar el punto que suscitaba la rotunda afirmacion transcripta y otras vehementes declaraciones, que el fuerte temperamento de Blanco Fombona explicaba. Fué *Crítica,* una de los difundidos rotativos bonaerenses, el que llamó a opinar sobre el caso planteado.

El señor Blanco Fombona sostenía que la prioridad de Herrera y Reissig sobre la labor poética de Lugones, especialmente sobre los sonetos endecasilábicos de *Los Crepúsculos del Jardín,* era concluyente ante «la razón cronológica, más al alcance del vulgo».

La confusión era clara y el error evidente. Como tuve oportunidad de aclararlo en aquella oportunidad, Blanco Fombona fundamentaba sus apreciaciones en el dato erróneo de la publicación en 1905 de *Los Crepúsculos del Jardín.* Aduje entonces, allá por 1914, que Herrera y Reissig, inició la composición de las *Eglogánimas* y de las *Eufocordias,* después

de conocer sonetos de forma idéntica, burilados por Lugones. Había que probar la afirmación, y así lo hice, declarando que cuando Lugones, en marzo de 1901, visitó Montevideo, como delegado argentino ante el Congreso Científico - Americano, el grupo literario del *Consistorio del Gay Saber* le solicitó que impresionara algunos de sus sonetos, en un cilindro fonográfico. El poeta argentino accedió al pedido, y en la casa de Garesse y Crispo, existente entonces en Montevideo, en la calle Ituzaingó, entre Rincón y 25 de Mayo, dejó impresos cinco sonetos, de los que publiqué tres en mi folleto juvenil: *Una audacia de Rufino Blanco Fombona*. Esta prueba definitiva de la prioridad de Lugones sobre Herrera y Reissig no se tomó en cuenta y a pesar de que, hasta los contertulios del autor de *Los peregrinos de piedra* convenían en que, a partir de esa circunstancia, Herrera y Reissig dió un cambio a su modalidad poética. El noble Sanín Cano, al conocer este aporte a la dilucidación del caso planteado, con esa generosidad suya tan cordial, me escribía: «Usted pone las cosas en su punto con argumentos incontestables e introduce, acaso por primera vez, el fonógrafo como testigo de originalidad en literatura». Y completaba su pensamiento, con esta bella confesión: «Siempre me había parecido digna de admiración la actitud de Lugones; pero ahora me parece no solamente admirable, sino nobilísima. Le bastaba hablar para poner en evidencia su originalidad; pero, por respeto a una memoria querida, acaso por la delicadeza del armiño que se deja atrapar de los perros antes que entrar a una agua fangosa, Lugones ha guardado silencio doce años seguidos, como si la verdad no necesitase defensa».

Ahora, como un dato más que viene a corroborar la prueba antedicha, Horacio Quiroga, en *El Hogar* de Buenos Aires, de julio 17 de 1925, manifiesta que en 1898 se publicaron en la revista literaria *La Quincena* del mismo Buenos Aires, *Los doce gozos* lugonianos y que fué el mismo Quiroga quien se los dió a conocer a Julio Herrera y Reissig. Está pues, suficientemente probada la prioridad de Lugones, desde que los sonetos de Herrera fueron muy posteriores a la fecha denunciada por Quiroga.

Cierto que, según lo ha dicho, a raíz de mis pruebas, el propio Lugones, fué allá en su Córdoba natal, y en 1894, que inspirado por las sonatas de Beethoven, ejecutadas por la señorita Mercedes Bengtown, empezó a forjar sus admirables sonetos. Y ya lo he dicho en otra oportunidad que tal como lo quería Beethoven, la inspiración lugoniana va desde lo más objetivo hasta lo más recóndito, y cumple de este modo, el método beethoveniano de componer teniendo siempre el conjunto ante los ojos para que pueda esparcirse todo lo que tiene en el corazón.

Está dicho que procediendo su manera de la adaptación del tema musical, no era necesaria la previa lectura de Samain para alcanzar el lírico propósito.

Por otra parte, la misma médula emocional, llena las vértebras de los versos de *Las Montañas del Oro* y se esparce por *Los Crepúsculos del Jardín*. Y conviene destacar que *Las Montañas del Oro* aparecieron en 1897; precisamente, el mismo año en que se editó la edición corriente de *Au jardin de l'infante*, pues la edición princeps quizás no había llegado a Córdoba, debido a su restringida edición.

Pocos días hace el crítico uruguayo, Alberto Zum Felde, comentando una contra-crítica nuestra, manifestaba que aunque se comprobara el dato de la prioridad de Lugones sobre Herrera, él sería de un valor muy secundario. Discrepamos con tal criterio. Y por ello insistimos en aclarar la génesis de esta modalidad tan característica del endecasílabo lugoniano, puesto que proclamar la verdad es una manera leal de dar a cada uno lo que, en justicia distributiva, le pertenece.

José Pereira Rodríguez

Nota del Sr. P. R.—En razón del interés que intenta traducir la página precedente, estimaríamos el envío de cualquier dato complementario que pudiera aportar mayor luz sobre el caso Lugones-Herrera y Reissig.

Uruguay, Treinta y Tres. 1925.

El Sr. Pereira Rodríguez es un distinguido escritor y educador uruguayo. Dirige el Liceo Departamental de Segunda Enseñanza de Treinta y Tres, Uruguay. El Repertorio Americano ya lo cuenta entre sus colaboradores distantes y amados.

Dos hermosas cartas de Guillermo Valencia

Bogotá, julio 26 de 1925

Señor Director de *El Tiempo*,

L. C.

Leí ayer, con máximo agradecimiento y con no menor sorpresa, la carta en que mi amigo don Aníbal Montoya Canal, propone al autor de *Ritos* al laurel apolíneo, popularmente discernido. Resaltan en esas letras la noble intención de su autor y un propósito estimulante en beneficio de los que han exhibido, antes o después del payanés, la inclinación funesta. El difunto autor de *Ritos* se habría manifestado muy agradecido de tan gallardo admirador y compañero, a pesar de que aquél esquivó, declinó y repugnó siempre esa forma de apoteosis que iba, en su caso, contra la justicia, y a contrapelo de su temperamento.

Dos grandes laureados tenemos en Colombia: Pombo y Flórez: ambos merecieron el homenaje por múltiples aspectos, principalmente, porque consagraron todas sus potencias a tan dulce ejercicio: nacieron, vivieron y murieron en olor de poesía. Pombo, verbigracia, recorrió con admirable esplendor, todos los géneros, uno en que no espigase dejando hondamente impresa su garra de león! Flórez, de copiosísima obra, fué el poeta por definición, que interpretó como nadie el alma colombiana de su tiempo. Mas el autor de *Ritos* fué un bardo voluble que escribió poco y ocasionalmente para veladas de beneficencia o para llenar las horas que le dejaron libres la política, la vaquería, la caza, la casa, la vagancia y el servicio del prójimo. Un cuaderno de versos es brevísimo equipaje para optar al laurel de Petrarca o del divino tuerto lusitano.

Ese gajo debe seguir premiando obras de largo aliento o, cuando menos, una total consagración a las cosas del arte: el simple diletantismo merece otra suerte de galardón. Y de muy buena fuente sé que el monocorde autor de *Ritos* (q. e. p. d.) se sintió en vida retribuído y excesivamente retribuído, con el elogio de sus compatriotas cuya inexhausta largueza los condujo más de una vez a apreciaciones que valen por las mejores palmas y que son bastante a pagar con creces tan breves como intermitentes esfuerzos. Sin que en tal declaracion mediase una falsa modestia, pues al ex-bardo le oímos comentar siempre el conocido apotegma «Fray Modesto nunca llegó a prior».

Albacea y confidente del poeta caucano, sé que a él le contrariaba en grado superlativo esos conatos de glorificación en su favor, y que en más de una ocasión los disipó insinuando, suplicando, exigiendo. Alguna vez le oímos ambicionar solamente en forma retrospectiva, el capacete de laureles que el Senado romano le discernió al gran Julio, y no ciertamente por las glorias inaccesibles que él coronaba, sino por la insuperable virtud profiláctica de aquel gajo de abrigo, en la calvicie creciente, contra las neuralgias *a frigore*.

Valencia creyó siempre que aquella guirnalda debería ceñir siquiera simbólicamente, en forma de póstuma

apoteosis, la marmórea frente de José Asunción Silva, para cuyo genio no tuvieron sus contemporáneos la voluntad munífica de que no se han cansado de darle muestras los del decadente, alejandrino, ininteligible, anarquista, pagano, místico, nietzcheano, pretérito, anquilosado y protocolizado autor de un almanaque *ne varietur,* publicado en Bogotá el año de gracia de 1899, por la casa editorial de Samper Matiz.

Con la conciencia íntima de que lo dicho aquí es una roca que no podrá mover nadie, pido a usted, en consecuencia, declare que esta carta, por inquebrantable e irreductible voluntad del extinto, cierra la encuesta que usted abrió ayer en *El Tiempo.*

De usted muy adicto amigo y admirador.

GUILLERMO VALENCIA

En otro lugar publicamos la carta del doctor Guillermo Valencia, salpicada de un fino *humour* y de una elegante ironía.

Dos cosas admiramos profundamente en esta última página de Guillermo Valencia. Primera, la exquisita ironía, el elegante gesto con que el doctor Valencia aleja toda posibilidad de que se siga adelante la idea de su coronación, y segunda, la manera discreta como recuerda el doctor Valencia el olvido injusto, largo, doloroso, en que se tiene la memoria de José Asunción Silva.

En verdad no podíamos esperar nada distinto de este gesto discreto, severo, aun a pesar de su ironía, o talvez por ella misma, con que el doctor Valencia rechaza los honores que consagraron las horas grises de Julio Flórez y Pombo. Los argumentos que expone el autor de *Ritos* para defender su actitud no pueden considerarse sino en gracia de la ataraxia espiritual, la serenidad anímica a que ha llegado el poeta, que le hace ver su obra de ayer como la obra de un muerto. Aún está en todos el aliento vivo de esa obra extrañamente pagana y extrañamente mística de Valencia, y el Guillermo Valencia, que recibió, según dice en su carta, las últimas palabras del autor de ese libro latino, pulcro como una hidria griega, sereno y desconcertante, es el continuador de la obra, es el discípulo maduro de «el otro», que recogió de él el fervor entusiasta del momento, fervor que cristalizó en el dominio absoluto de todo, desde una colina severa de plenitud.

Y la manera como recuerda el poeta Valencia la ingratitud con Silva, ingratitud que fué indiferencia en los contemporáneos y descuido en las generaciones subsiguientes, es la parte más bella de esa carta de hoy. Silva, el poeta que fué cantado por Valencia en un bello poema, y que no obtuvo el laurel ni ha recibido todavía el homenaje definitivo del mármol consagrador.

Pero si la coronación fuere aceptable, nadie que tenga las sienes más propicias para recibir el gajo del árbol que no hiere el rayo que el poeta de hoy, el autor de *Ritos* y el bardo de todas las horas.

(*El Tiempo*. Bogotá).

Popayán, 8 de noviembre de 1916.

Señor don Jorge Ulloa,
Director de *La Unión Conservadora.*
E. L. C.

Amigo:

No tengo palabras para agradecerle debidamente el homenaje que tributó a mi inanidad en el último número de su gentil semanario. Si yo no le conociera a usted como hombre sincero e incapaz de usar de ironía para conmigo, me habría causado ingrata extrañeza la elogiosa revista de usted, en cuanto a mí se refiere; mas bien me sé que en usted inteligencia y corazón andan parejos, lo que vale decir, derrochando belleza y galantes estímulos. Y con ser esto mucho, me quedo corto en mi sorpresa al leer el bello artículo que firmó la mano maestra de A. A., en el que, a vueltas del intento de motivarla, insinúa el proyecto de mi coronación, a fuero de portalira; propósito en que coincidiera otro dilecto camarada desde las columnas de *La Espiga.*

Este proyecto, tratándose de mí, pasa los lindes de la generosidad para dar en la zona de la ironía, y si mi corazón desborda de agradecimiento ante la perspectiva glorificadora, el oblicuo Mefisto, que suele a veces ser piadoso, no deja de prevenirme con un guiño de ojos expresivo. Y veo idealmente desfilar ante mí aquel turco ascendido a general para los efectos de una burla política intencionada y amarga, por un grupo de intelectuales venezolanos. Más cerca de estos días se yergue a mi presencia aquel pobre vejete pseudo-filósofo que tan cruelmente ciñeron de laurel los estudiantes de París, y me pregunto espantado: ¿ha llegado ya mi ingenuidad hasta el punto de integrar aquel afortunado trío?

No pocas veces han galardonado los pueblos, con la rama simbólica, a los hijos de Apolo. España coronó a Zorrilla y a Campoamor en tiempos muy cercanos de nosotros. Colombia rindió a Pombo ese tributo cuasi póstumo, y a fe que hicieron bien la Madre Patria y nuestra amada República. Tratábase de ingenios que emplearon una existencia bien larga y meritísima creando muy altos valores de belleza; que contaron los años de su vida por las cosechas opimas de una inspiración desbordante; que treparon la ardua cuesta de la ancianidad por los escalones de sus libros gloriosos; en forma que para los laureados la coronación implicaba el premio debido a una labor afortunada, perseverante y fecunda. Aparte de esta faz, sabe tener otra no menos simpática esta clase de consagraciones: suele llegar para los elegidos en horas de aislamiento y de frío, cuando la vejez distanciadora acosa al bardo anciano—columna supérstite en un campo de ruinas—y le hace pregustar el agua helada del olvido y el silencio invencible del humano desdén. En esas horas el gesto cariñoso de la juventud que lo despide coronado de flores, es para el poeta vencido el más grato de todos los cordiales. Algunos sucumben bajo el peso de la apoteosis. Voltaire sobrevivió cortos días a sus laureles, y el pesado haz de los suyos agobió hasta la muerte a nuestro nobilísimo Pombo. Pero discernirme ese preciado galardón es algo que no se compadece con la cortedad de mis merecimientos ni con la pobreza de mi equipaje literario. No he sido siquiera, como son tantos de mis compatriotas, un profesional de las letras: he escrito poco y sin método, al azar, por capricho, sin esa intensidad y consagración que convierte al arte en un culto y al escritor en sacerdote. Miro hacia atrás, y sólo hallo un cuaderno de versos que vivirán tanto como el cariño de sus amigos. ¿Se premiará mi esfuerzo?—No he hecho jamás ninguno que merezca tales dones. ¿Como estímulo?—tal consagración es grave compromiso para lo porvenir y una injusticia con el presente. América tiene tantos ilustres bardos; Colombia tantos clarísimos poetas, que merecen mucho más que yo esta ovación, en mí injustificable, y a quienes sin embargo no se les ha discernido todavía. Ni vale decir que se trata solamente de una consagración regional, de carácter íntimo, modestamente solariega, porque la corona que a mí se me brindara sería más justo colocarla al pie del retrato del infortunado cantor de Pubenza. ¡Sólo el amor sabe sugerir estas locuras! Me siento feliz sobreponiéndome a la vanidad para agradecer con toda la fuerza de mi alma el magnánimo empeño de mis queridos compañeros y rechazar (siento no hallar el vocablo que exprese lo que voy a decir con la sonrisa de la gratitud en los labios y las lágrimas de la ternura en los ojos), este homenaje inmerecido que contraría mis sentimientos, repugna a mi conciencia, quebranta mis propósitos, humilla mi carácter y me expulsa del grupo de los diletantes independientes para llevarme al

fatigoso Olimpo de los poetas consagrados sin méritos, víctimas de la justicia de los hombres y de los deberes insoportables a que se hallan sometidos los grandes.

Dígnese, pues, desistir usted y hacer desistir a mis amigos, si aún perduraren en su intento, en la seguridad de que mientras yo viva no me prestaré nunca a una consagración de esta clase. «*Antequam mortem ne laudes hominem quemquam*».

De usted amigo afectísimo y admirador.

GUILLERMO VALENCIA

(*Lecturas Dominicales*, Bogotá).

¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública.=

Introducción a un estudio sobre el problema de la educación pública

LA ESCUELA LAICA

I

EL debate sobre el proyectado Congreso Ibero-Americano de Intelectuales plantea, entre otros problemas, el de la educación pública en Hispano-América. El cuestionario de la revista REPERTORIO AMERICANO contiene estas dos preguntas: «¿Cree usted que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América? ¿Estima Ud. prudente que nuestra América latina tome una actitud determinada en su enseñanza, ante el caso de los Estados Unidos del Norte?» El grupo argentino que propugna la organización de una Unión Latino-Americana declara su adhesión al siguiente principio: «Extensión de la educación gratuita, laica y obligatoria y reforma universitaria integral». Invitado a opinar acerca de la fórmula argentina, quiero concretar, en dos o tres artículos, algunos puntos de vista esenciales respecto de todo el problema que esta fórmula se propone resolver.

II

La fórmula, en sí misma, dice y vale poco. La «educación gratuita, laica y obligatoria» es una usada receta del viejo ideario demo-liberal-burgués. Todos los radicaloides, todos los liberaloides de Hispano-América, la han inscrito en sus programas. Intrínsecamente, este anciano principio no tiene, pues, ningún sentido renovador, ninguna potencia revolucionaria. Su fuerza, su vitalidad, residen íntegramente en el espíritu nuevo de los núcleos intelectuales de La Plata, Buenos Aires, etc., que esta vez lo sostienen.

Estos núcleos hablan de «extensión de la enseñanza laica». Es decir, suponen a la enseñanza laica una reforma adquirida ya por nuestra América. No la agitan como una reforma nueva, como una reforma virginal. La entienden como un sistema que, establecido incompletamente, necesita adquirir todo su desarrollo.

Pero, entonces, conviene considerar que la cuestión de la enseñanza laica no se plantea en los mismos términos en todos los pueblos hispano-americanos. En varios, este método o este principio, como prefiera calificársele, no ha sido ensayado todavía y la religión del Estado conserva intactos sus fueros en la enseñanza. Y, por consiguiente, ahí no se trata de extender la enseñanza laica, sino de adoptarla. O sea de empeñar una batalla que puede conducir a la vanguardia a concentrar sus energías y sus elementos en un frente que ha perdido su valor estratégico e histórico.

III

De toda suerte, en materia de enseñanza laica, es preciso examinar la experiencia europea. Entre otras razones, porque la fórmula «educación gratuita laica y obligatoria» pertenece literalmente no sólo a esa cultura occidental que Alfredo Palacios declara en descomposición sino, sobre todo, a su ciclo capitalista en evidente bancarrota. En la escuela demo-liberal-burguesa, (cuya crisis genera el humor relativista y excéptico de la filosofía occidental contemporánea que nos abastece de las únicas pruebas de que disponemos de la decadencia de la civilización de Occidente) han aprendido esta fórmula las democracias ibero-americanas.

La escuela laica aparece en la historia como un producto natural del liberalismo y del capitalismo. En los países donde la Reforma concurrió a crear un clima histórico favorable al fenómeno capitalista, la iglesia protestante, impregnada de liberalismo, no ofreció resistencia al dominio espiritual de la burguesía. Movimientos históricos consustanciales no podían entrabarse ni contrariarse. Tendían, antes bien, a coordinar espontáneamente su dirección. En cambio, en los países donde mantuvo más o menos intactas sus posiciones el catolicismo y donde, por ende, las condiciones históricas del orden capitalista tardaron en madurar, la iglesia romana, solidaria con la economía medioeval y los privilegios aristocráticos, ejercitaba una influencia hostil a los intereses de la burguesía. La iglesia romana, coherente y lógica, amparaba las ideas de Autoridad y Jerarquía en que se apoyaba el poder de la aristocracia. Contra esas ideas, la burguesía, que pugnaba por sustituir a la aristocracia en el rol de clase dominante, había inventado la idea de la Libertad. Sintiéndola contrastada por el catolicismo tenía que reaccionar agriamente contra la iglesia en los varios campos de su ascendiente espiritual y, en particular, en el de la educación pública. El pensamiento burgués, en estas naciones donde no prendió la Reforma, no pudo detenerse en el libre examen y llegó por tanto fácilmente, al ateísmo y a la irreligiosidad. El liberalismo, el jacobinismo del mundo latino adquirió a causa de este conflicto entre la burguesía y la iglesia, un espíritu acremente anti-religioso.

Se explica así la violencia de la lucha por la escuela laica en Francia y en Italia. Y en la misma España. donde la languidez y la flojedad del liberalismo, que coincidieron con un incipiente desarrollo capitalista no impidieron a los hombres de Estado liberales realizar, a pesar de la influencia de una dinastía católica, una política laicista. Se explica así también el debilitamiento del laicismo que en Francia como en Italia, ha seguido a la decadencia del liberalismo y de su beligerancia y, en especial, a los sucesivos compromisos de la iglesia romana con la democracia y sus instituciones y a la progresiva saturación democrática de la grey católica. Se explica así, finalmente, la tendencia de la política reaccionaria a restablecer en la escuela la enseñanza religiosa y el clasicismo. Tendencia que precisamente en Italia y en Francia, ha actuado sus propósitos en la reforma Gentile y la reforma Berard. Decaídas las raíces históricas de enemistad y de su oposición, el Estado laico y la iglesia romana se reconcilian en la cuestión que antes los separaba más.

El término «escuela laica» designa en consecuencia, una criatura del Estado demo-liberal-burgués que los hombres nuevos de nuestra América no se proponen, sin duda, ambicionar como máximo ideal para estos pueblos. La idea liberal, como las juventudes ibero-americanas lo proclaman frecuentemente, ha perdido su virtud original. Ha cumplido su función histórica. No se percibe en la crisis contemporánea ninguna señal de un posible renacimiento del liberalismo.

El episodio radical-socialista de Francia es, a este respecto, particularmente instructivo. Herriot ha sido batido, en parte, a causa de su esfuerzo por permanecer fiel a la tradición laicista del radicalismo. Y no obstante que ese esfuerzo fué asaz mesurado y elástico en sus fines y en sus medios.

IV

El balance de la «escuela laica» no justifica, de otro lado, un entusiasmo excesivo por esta vieja pieza del repertorio burgués. Jorge Sorel, varios años antes de la guerra, había denunciado ya su mediocridad. La moral laica, como Sorel con profundo espíritu filosófico observaba, carece de los elementos espirituales indispensables para crear caracteres heroicos y superiores. Es impotente, es inválida para producir valores eternos, valores sublimes. No satisface la necesidad de absoluto que existe en el fondo de toda inquietud humana. No da una respuesta a ninguna de las grandes interrogaciones del espíritu. Tiene por objeto la formación de una humanidad laboriosa, mediocre y ovejuna. La educa en el culto de mitos endebles que naufragan en la gran marea contemporánea: la Democracia, el Progreso, la Evolución, etc.

Adriano Tilgher, agudo crítico italiano, nutrido en este tema de filosofía soreliana, hace en uno de sus más sustanciosos ensayos una penetrante revisión de las responsabilidades de la escuela burguesa. «Ahora que la crisis formidable, desencadenada por el conflicto mundial, va poco a poco revolucionando desde sus fundamentos el Estado moderno, ha llegado para la escuela del Estado el instante de producir ante la opinión pública los títulos que legitimen su derecho a la existencia. Y se debe reconocer que si ha sido posible el espectáculo de una guerra, en la cual han estado empeñados todos los más grandes pueblos del mundo y que sin embargo no ha revelado ninguna de aquellas individualidades heroicas, maestras de energías, que las guerras del pasado, insignificantes en parangón, revelaron en número grandísimo, esto se debe casi exclusivamente a la escuela del Estado y a su espíritu de cuartel, gris, nivelador, asfixiante». Y, examinando la esencia misma de la escuela burguesa, agrega: «La escuela del Estado es una de las tres instituciones, destruídas las cuales el Estado moderno, caracterizado por el monopolio económico, el centralismo administrativo y el absolutismo burocrático, queda subvertido desde sus cimientos. El cuartel y la burocracia son las otras dos. Gracias a ellas, el Estado ha conseguido anular en el individuo la libertad del querer, la espontaneidad de la iniciativa, la originalidad del movimiento y a reducir la humanidad a una docilísima grey que no sabe pensar ni actuar sino conforme al signo y según la voluntad de sus pastores. Es, sobre todo, en la escuela donde el Estado moderno posee el más fuerte e irresistible rodillo compresor, con el cual aplana y nivela toda individualidad que se sienta autónoma e independiente.

V

Si se tiene en cuenta que, en materia de relaciones entre el Estado y la Iglesia, los pueblos ibero-americanos, que heredaron de España la confesión católica, heredaron también los gérmenes de los problemas de los Estados latinos de Europa, se comprende perfectamente cómo y por qué la «educación laica» ha sido, como recuerdo al principio de este artículo, una de las reformas vehementes propugnadas por todos los radicaloides y liberaloides de nuestra América. En los países donde ha llegado a funcionar una democracia de tipo occidental, la reforma ha sido forzosamente actuada En los países donde ha subsistido un régimen de caudillaje apoyado en intereses feudales, no ha habido la misma necesidad de adoptarla. Este régimen ha preferido entenderse con la Iglesia, buena maestra del principio de autoridad, cuya influencia conservadora ha sido diestramente usada contra la influencia subversiva del liberalismo. Los embrionarios Estados liberales nacidos de la revolución de la independencia, tardíos en consolidarse y desarrollarse, débiles para imponer a las masas sus propios mitos, han tenido que combinarlos y aliarlos con un rito religioso.

El tema de la «educación laica» debe ser discutido en Nuestra América a la luz de todos estos antecedentes. La nueva generación iberoamericana no puede contentarse con una chata y gastada fórmula del ideario liberal. La «escuela laica», escuela burguesa, no es el ideal de la juventud poseída de un potente afán de renovación. El laicismo como fin, es una pobre cosa. En Rusia, en México, en los pueblos que se transforman material y espiritualmente, la virtud renovadora y creadora de la escuela no reside en su carácter laico, sino en su espíritu revolucionario. La revolución da ahí a la escuela su mito, su emoción, su misticismo, su religiosidad.

José Carlos Mariátegui

Lima. Perú.

Comentarios fugaces

Miramos con simpatía los movimientos de la juventud. Cuando menos significan ensayo de fuerzas. Pero a propósito del interés de los jóvenes por encontrar en las actividades de la política un campo de acción, quisiéramos contribuir a romper ciertas ilusiones. La tarea, por lo demás, no es muy grata.

La juventud, por ser juventud, o solamente por serlo, mejor dicho, no representa derechos privilegiados. Y hay otra ilusión no menos engañosa: la de suponer, en lo que hay candidez, que podría tener especial importancia para el país la activa participación de la juventud en la política dentro de las normas ordinarias de ésta. Política nueva y juventud capaz de crearla es probablemente lo que hacen falta. Si la juventud no representa, como colectividad, un estado de organización de tendencias, no es de esperar que lo aporte a la política. Y si lo encarna y tal estado carece de fuerza para transformarse dentro de la política en un impulso de renovación, nada se habrá ganado tampoco con la concurrencia de la juventud. Juventud sin organización poco significa; organización sin ideología es esfuerzo vano que aun puede ser funesto; e ideología conservadora o sin lastre de verdadera profundidad, significa decididamente intervención funesta.

No ignoramos que se tiene fe en que el campo político daría el ambiente propicio y así la oportunidad a la organización de que se carece; pero entendemos que esa también es ilusión. No surgirán ideas, no surgirán ideales de una obra de ocasional gestación en campo de conveniencias, para decir lo menos. Esto matará a aquello. Sin pesimismo puede decirse que no son muchas las probalidades favorables a la creencia de que una renovación de valores se produce de hoy a mañana por virtud de la influencia, por intensa que sea, de un veleidoso entusiasmo juvenil. La verdad, desabrida pero firme, es que a estas horas los más de los jóvenes no sabríamos decir con certidumbre cuáles son las evidentes necesidades de transformación que el estado político del país manifiesta; ni cuáles sus causas; ni cuáles los agentes de cambio social que

operarían la metamorfosis; ni cuáles, finalmente, los medios de acción aptos para iniciar la enorme tarea reconstructora. Esto no arguye nada contra la posibilidad de que un grupo de jóvenes sustente las más hermosas y mejor sentidas aspiraciones de acción renovadora. Pero sí pretende afirmar que la labor de la juventud se vuelve prontamente ineficaz y hasta amenaza tornarse regresiva si sólo apoya su desarrollo en un conocimiento lírico de las profundas realidades de la vida social.

El leguleyismo, que se respira en nuestro ambiente con el polvo de la calle, no conseguirá sacar a la juventud del atascadero de la retórica política. Y el derecho mismo, cuando se estratifica en los moldes de la rutina burocrática, no consigue poner el espírttu de la juventud en fecundo contacto con las fuentes superiores del pensamiento redentor.

Pero no por eso dejará de tener cierto interés el que jóvenes de vida limpia, sin pecado de ambición innoble, sin complicidades en los desaciertos que ha sufrido el país, quiera preocuparse por agitar una bandera de entusiasmos... siquiera para solaz de los politiqueros.

EL PASAJERO

Alajuela y setiembre.

Plaza en noche de fiesta

En la plaza de barrio que en esta noche buena
luce un candor risueño de fiesta popular,
melancólicamente mi espíritu se llena
de nostalgia por cosas que quisiera olvidar,

ya que no pueden nunca volver de la distancia
a que las puso el tiempo cuando me las quitó...
Plaza en noche de fiesta: recuerdo de mi infancia...
¡Triste es que de recuerdos empiece a vivir yo!...

Tumulto y vocerío llenan la plaza de una
alegría que cunde, pero que no entra en mí:
de mano de mi padre, tuve yo la fortuna,
hace ya muchos años, también de estar aquí;

y en medio del tumulto veo pasar su sombra...
y el vocerío se hace silencio sepulcral,
en que una voz tan sólo, después de que me nombra,
me pregunta:—Hijo mío, ¿te estás sintiendo mal?

Y cuando le respondo:—Ya estoy bien, padre mío:
no turbes por mis cosas la paz de tu ataúd...—
la respuesta se ahoga dentro del vocerío
con que por sobre mi alma pasa la multitud...

Y arrastrado recorro la plaza, en donde en filas
frágiles mesas fingen casillas de ajedrez:
ventas son de juguetes, que hacen en mis pupilas
florecer el remoto jardín de la niñez...

Los juguetes pintados con tan vivos colores
(¡oh explosión de amarillo, de azul y de carmín!)
se ofrecen a mis ojos como si fuesen flores
que Dios me envía desde su celeste jardín...

¡Oh soldados de plomo, caballos de madera,
señoritas de loza rellenas de aserrín!
Vuestra mentira es dulce... ¡Cómo también lo fuera
toda esta farsa inútil que nunca tiene fin!...

Y la chiquillería pasa cantando en coro...
¡Y me parece entonces qué triste mi canción!...
Y hasta mejor que todas las trompetas de oro
suenan las infantiles cornetas de latón...

Con la filosofía de mi nostalgia llego,
paso a paso, hasta donde vueltas da un carrousel,
al són de un organillo... Mirándolo me ciego,
como si me sintiese dando vueltas en él;

y es porque en mi cabeza siempre loca de alturas,
a un són de lira, como vértigo musical,
el zodíaco hace que sus doce figuras
giren dentro de un lindo carrousel de cristal...

Súbito, hasta las nubes serpiente de luz vuela
silbando, poseída de lúbrico estertor;
y sin dejar que acabe de borrarse su estela,
rompe en un brusco estrépito... y deshoja una flor.

Pincel mágico traza, sobre la obscura tela
de la noche, bocetos de fugaz resplandor...
Ya la fiesta concluye... Pienso que cada abuela
dice al nieto:—En mi barrio, la fiesta era mejor...

El castillo de cañas se enloquece de luces...
La tela de la noche tiembla bajo un pincel...
Hay estrellas que giran, rayos que se hacen cruces,
orquídeas de brocado, pájaros de oropel...

Y cuando la corona del castillo en el viento
zumba y hasta las nubes emprende su ascensión,
la sombra de mi padre torna a cruzar... y siento
que hasta las nubes quiere saltarme el corazón!

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Vigilia

Negros venenos de la mala vida.
¡Te estás muriendo, Juventud!
Herida en carne tierna;
caída silenciosa...
Cuando no es tiempo todavía,
y antes del vuelo de alegría,
te estás muriendo ¡Juventud!

Viene en la noche desde el alma
la voz augusta, adolorida,
la amarga voz querida,
del muerto Carlos Baudelaire.

¡Ay! los albatros prisioneros;
níveas aves marinas,
en las cubiertas de los barcos
rompen sus alas divinas.

Oh Juventud, oh Juventud:
túnicas rotas de impotencias;
coronas, (flor y espinas de demencias)
y por oscuras sendas de inquietud.
¡Cuánto nos dueles, Juventud!

Cuando lleguemos al descanso,
ya no tendremos paz ni amor:
la noche sopla viento helado;
pasan jaurías de la muerte
y huyen despavoridamente
nuestros consuelos de vivir.

Y cuando llega el alba clara:
Madre de Luz, Madre de Luz,
su voz rosada en nuestros ojos muere,
con los venenos del dolor.

Negros venenos de la mala vida.
¡Te estás muriendo, Juventud!
Herida en carne tierna;
caída silenciosa...
Cuando no es tiempo todavía,
y antes del vuelo de alegría,
te estás muriendo ¡Juventud!

A. BAZÁN

Lima, 1925.

Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

Las enseñanzas de la Historia

Véanse los pueblos americanos del Sur en este espejo

...El grandioso plan de Alejandro, que quiso trasladar a Oriente el eje del mundo civilizado, fracasó porque no encontró un sucesor, legítimo o ilegítimo, capaz de dominar la codicia y ambición de los generales, poniéndolos al servicio del Imperio. Al cabo de una generación de terribles luchas, formáronse las monarquías particulares, cuya política de equilibrio convirtió de nuevo en objeto de disputa el dominio del mar Egeo. Con esto, los pequeños, los minúsculos Estados griegos, aunque decaídos y superados, volvieron a alcanzar una importancia fatal, aumentada aún por el romanticismo helenístico, que quería reanimar en todas partes la vida en decadencia. La sonora frase de la libertad griega sirvió para encubrir las intrigas de los gabinetes macedonios, egipcios, sirios, y, regularmente, en daño de los libertados. Ninguna gran potencia se decidió a abandonar esos pequeños Estados a sus discusiones intestinas, hasta que Roma se encargó de ellos, para tragárselos finalmente a todos. La oligarquía capitalista del Tíber supo también, como hoy la del Támesis, emplear el pretexto de la protección a los oprimidos para intervenir en todas partes e imponer sus intereses.

———

...El objetivo de la liga aquea, como igualmente el fin a que se orientaba el pensamiento de Polibio, fué, desde un principio, la unidad e independencia del Peloponeso. En realidad, no se había conseguido ni lo uno ni lo otro; y únicamente cuando la liga peleó al lado de Roma contra Macedonia pareció haber llegado el momento de que el favor de los vencedores le regalase lo que ansiaba tan ardientemente. Siguiendo la deplorable costumbre de los Estados pequeños, la liga se enardeció con excesiva arrogancia. Filopemen cometió la insensatez imperdonable de anexionarse por la fuerza a Esparta, dando con ello ocasión al Senado romano para constantes intervenciones, que, lejos de poner fin a la contienda, la encendían de nuevo. El Senado romano había calculado bien, y no pudo consentir que la liga disfrutase tranquilamente de un poder que, en substancia, Roma le había regalado.

Cuando llegaron a conocer más de cerca el Senado y la política romana, no sólo los aqueos, sino también los demás griegos libertados, comenzaron a desconfiar más y más de sus bienhechores. Los más insoportables no eran los romanos, sino los griegos ambiciosos que esperaban de Roma ventajas personales y aconsejaban todo género de concesiones. Frente a ellos, Lycortas y Polibio defendían el principio de no conceder a Roma más que lo que permitiese la constitución de la liga; de defenderse con diplomacia mientras fuese posible, y de protestar enérgica aunque inutilmente contra las violencias.

EDUARDO SCHWARTZ

Del tomo *Figuras del Mundo Antiguo*. Edición de la «Revista de Occidente». Madrid, 1925. Recomendamos la lectura de esta obra nutritiva, a los jóvenes preocupados y estudiosos.

La estrella viva

(El recuerdo)

En el parque dormido, cuya fuente
cristaleará bajo las verdes frondas,
de nuevo encontrarás las cosas hondas
que ponían pensativa tu aurea frente!

Perfumarán las rosas nuevamente
con el encanto de pasadas horas
y en tus dulces pupilas soñadoras
brotará el llanto de un recuerdo ardiente!

Verás entonces, pura y pensativa,
velar sobre las frondas una estrella
como una hermana lágrima furtiva!...

¡Es el recuerdo en la memoria grata
como esa pensativa luz de plata
eternamente viva en una estrella!

CARLOS LUIS SÁENZ

Junio-925.
San José, de Costa Rica.

La hoja seca

(El olvido)

Carmen, en tanto que el jardín florido
embriaga al viento con su olor de rosas,
y que un bulbul al borde de su nido
canta al abril sus horas luminosas,

Toma el clavel de purpura encendido
entre tus labios y a las mariposas
interroga si saben qué es olvido
ya que vuelan de la una a la otra rosa.

Verás entonces en la senda umbrosa,
bajo los frescos álamos de plata
aletear una extraña mariposa...

¡Una hoja seca! ¡Tal es el olvido!
Una hoja seca en la memoria ingrata
que no recuerda ya lo que ha querido!

CARLOS LÚIS SÁENZ

Junio-925.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica